CAPÍTULO V

LA VOLUNTAD EN LA PERSONALIDAD

Lo que es esta manifestación de la voluntad. – La Voluntad en la Personalidad existe hasta en los irracionales. – Ejemplos curiosos. – Cómo se entabla el conflicto o lucha de voluntades. – Por qué vencen los que vencen.

Una de las más sorprendentes, y al propio tiempo la más enigmática de las manifestaciones de la Voluntad es aquella que podríamos llamar Voluntad en la Personalidad. Estamos familiarizados con su manifestación, y sin embargo, su principio fundamental escapa a la explicación del psicólogo.

La Nueva Psicología, con sus ideas referentes a la mente subconsciente, es la única rama de la psicología que hace al menos una tentativa para ofrecer una explicación, siquiera parcial, de esta interesantísima manifestación.

Forthergill dice a tal respecto:

"Se ha hablado con frecuencia del conflicto de voluntades y del poder de mandar a otros. Ahora bien; ¿qué es este poder de voluntad que influye sobre otros? ¿Qué es eso que nos hace aceptar, y aun adoptar la opinión de una persona, en tanto que hemos desoído el consejo de otra? El peso o fuerza de la voluntad es lo que insensiblemente influye en nosotros; la fuerza de voluntad a espaldas del consejo. ¡Eso es lo que ocurre! La persona que por sí o por su consejo nos fuerza, no tiene el poder de forzarnos más que cualquiera otra; pero, como quiera que sea, nos sometemos a sus requerimientos. Aceptamos de uno lo que rechazamos de otro. Una persona responde a cualquier consulta hecha por otra: "¡Oh, no haga usted eso!" Y nosotros procedemos a un cuando el consejero ocupe una posición que nos hiciere arrepentirnos de haber despreciado su indicación. Otra persona dice: "¡Oh, no haga usted eso!" Y desistimos aun cuando la persona consultada no pueda influir ni en bien ni en mal sobre nosotros. No es el temor de las consecuencias, ni el de producir agravio, el que nos inclina a adoptar la opinión del último consejero, habiendo rechazado la del primero. Depende del carácter o fuerza de voluntad del que aconseja, el que sigamos o rechacemos el consejo. Este carácter, con frecuencia, tiene muy poca o ninguna relación con la inteligencia, ni aun con las cualidades morales, buenas o malas, del individuo. Es en sí mismo un algo imponderable; y sin embargo, lleva consigo una gran fuerza. Esta voluntad se observa en un grupo de chiquillos, donde uno de ellos es el amo, nadie sabe por qué. Y no es particularmente combativa, ni testaruda en el conflicto; hasta puede ser obediente en grado supremo, sobre todo con los que gozan de autoridad; pero es la dueña de sus jefes y señores y manda sobre iguales. Posee su carácter efectivamente. Y escala su puesto por la posesión de esa fuerza de voluntad que coloca a los hombres en el

frente cuando llega la ocasión. Puede haber hombres hábiles y espabilados; pero tan sólo el que poseen voluntad sale a la superficie; es el que puede, mediante algún poder sutil, hacerse obedecer de los demás hombres".

Hasta en los animales han reconocido esta cualidad aquellos que han estudiado sus costumbres. En un artículo publicado en una ilustración bajo el título de "Domesticación de los animales", expresa el autor la idea en las siguientes líneas:

"Póngase dos babuinos machos en la misma jaula, y al punto abrirán tamaña boca, mostrarán los dientes y tratarán de darse un mordisco. Pero uno de ellos, aun cuando posea la más fuerte dentadura, iniciará el ataque, aunque de un cierto modo tan característico, que pronto se echa de ver que no quiere cuestiones y toda lucha se hace innecesaria. Lo mismo ocurre con las fieras. Si se encierra en un recinto dos, cuatro a una docena de leones, también éstos sin una simple escaramuza, reconocen bien pronto que uno de ellos es el "guapo" de la compañía. Este escoge los mejores trozos de la comida; y nadie se acerca a tomar su ración mientras él no haya terminado, y es él el primero que se acerca a beber el agua fresca de artesa. En una palabra: "es el rey de la jaula". Ahora bien; cuando un domesticador entra en la jaula de una fiera que ha empezado a tomar el hábito de ponerse sospechosa, su actitud es casi exactamente idéntica a la que el "rey bestia" arriba mencionado tomaría con el súbdito lo bastante mal aconsejado para desafiar su soberanía".

El conflicto de la voluntad, silencioso y sutil, pero activo y vigoroso, se traba en personas que se encuentran y cuyos intereses son antagónicos. Cuando dos personas semejantes se ponen en contacto, es manifiesta esta silenciosa lucha entre ellos, de la cual resulta uno victorioso y otro derrotado, en el mismo acto. Coleridge ha pintado esta condición en los siguientes versos:

"El le domina con sus brillantes ojos;
el huésped permanece quieto,
y le escucha como un niño de tres años;
el marinero posee su fuerte Voluntad".

Forhergill dice de esta Voluntad en la Personalidad:

"La lucha de la Voluntad actúa universalmente. En el joven aristócrata que obliga a su sastre a un aumento de crédito, a pesar de su convicción de que no verá jamás una peseta. Se traba entre abogado y cliente; entre médico y enfermo; entre banquero y cuentacorrientista; entre comprador y vendedor. No es el tacto lo que capacita al dependiente detrás del mostrador para inducir al parroquiano a que compre lo que no quería comprar, y que después de comprado no le proporciona satisfacción. Donde quiera que se encuentran dos personas para tratar de negocios, o en cualquiera otra relación en la vida, incluso el galanteo, allí se desarrolla esta lucha, comúnmente sin la menor conciencia. Existe una oscura consciencia del resultado. Pero ninguna del procedimiento. Frecuentemente se precisan años de intimidad en la vida conyugal para conocer en cuál de los dos consortes radica la soberanía. A menudo, el carácter más fuerte, según todas las apariencias, es el que cede; es esta voluntad la que fundamenta la afirmación. "La caza nos es siempre para el más hábil, ni la batalla para el más fuerte". En "Middlemarch",

reconocemos en Lydgate una gran suma de cualidades, y sin embargo, la casi ignorante, ruda y egoísta Rosamunda acaba por dominarlo completamente. Lydgate no carecía de fuerza de Voluntad y su carácter se salía de término medio; pero en la lucha tuvo que caer por fin bajo la pesadumbre de la inmensa testarudez de su poco inteligente esposa. Esta lucha de dos voluntades era la colisión de una amplia y calurosa naturaleza, semejante a una apta mano humana, con una naturaleza ruda, pobre y egoísta, semejante a una maza de acero; la mano sólo conseguía lastimarse, mientras la maza no sufría lo más mínimo".

O. Vendell Holmes da la siguiente descripción de un ejemplo de esta lucha de Voluntad entre dos hombres:

"El rostro de Hoh-i-noor se puso tan blanco por la rabia, que su barba, de un negro azulado, se destacaba como sobre un mármol. Rechinó con rabia los dientes, y de un salto se puso junto al joven, como si quisiera hacerlo trizas. Marylander clavó en él su clara y serena mirada, y le puso una mano sobre el brazo, como al descuido; pero el indio sintió que no podía moverlo. Era inútil. El joven era su amo, y aquel indomable indio, cuya sola presencia imponía los hombres, y cuyo furor nadie había desafiado, tuvo bastante con una prueba, del mismo modo cuando dos gorriones dirimen una diferencia: unos cuantos saltos, dos o tres picotazos, y asunto terminado. El vencido recuerda la lección durante toda su vida y cede todos sus derechos a la menor indicación".

Es un hecho bien conocido entre los caballistas, el de que ciertos caballos poseen una sutil cualidad, denominada "class", que está comprobada, pero que desafía toda definición o explicación. Su poder puede imaginarse cuando es realizado; y consiste en que si dos caballos igualmente veloces corren en competencia, el mencionado "class" intimida y desalienta a su contrincante, hasta obligarle a caminar detrás. Y no es una materia de fuerza brutal o de violencia la que consigue este resultado, pues el caballo sugestionador puede ser muy cariñoso y manso; es una sutil manifestación de Voluntad, que el otro caballo reconoce superior a la suya, y le induce a dejar la competencia.

Esta Voluntad en la Personalidad no se manifiesta siempre como una demostración de fuerza y de combatividad. Por el contrario, con frecuencia espera su oportunidad, y observa una actitud expectante hasta que llega el momento de obrar. Como dice Fothergill: "Este poder de Voluntad se ve en el hombre que mide su tiempo, que sabe esperar, que combina el "cuándo" y el "porqué".

Las circunstancias pueden detenerle en el camino y le es preciso esperar; pero su Voluntad no se tuerce, ni se quiebra ni se debilita por este hecho, y permanece tan enérgico como siempre, a pesar de su aparente inercia. Y no es, sin embargo, mera perseverancia; es algo más...

Se padece una gran equivocación suponiendo que esta Voluntad está dispuesta a obrar en todas ocasiones; muy lejos de eso. Frecuentemente posee cierta tendencia a ocultarse, y no es raro encontrarla bajo un exterior de los más placenteros.

Hay hombres, y mujeres también, que presentan una apariencia de cortesanía tal, que cualquiera creería que no tienen voluntad propia; existen meramente, al parecer, para

ser agradables a los demás; pero espérese a que llegue el momento, y entonces se revela la fuerza de Voluntad, y encontramos bajo el guante de seda la mano de hierro, y esto sin ningún género de duda. Este es el secreto de los diplomáticos. Talleyrand poseía esta cualidad en grado notable, y era un político frío, audaz y afortunado; Cavour poseía asimismo este poder y lo usaba cuerdamente. Los impetuosos y coléricos están desprovistos de tal poder. Los impetuosos no disfrutan de mucha fuerza de voluntad, y es sencillamente tan divertido y psicológicamente interesante, ver a un impetuoso con autoridad, disponiendo de una materia por último, a lo que vanamente imagina, cuando en realidad no ha hecho más que iniciarla, pero no dejarla conclusa. Mas el arrebatado gusta de acariciar la idea de que la batalla ha terminado, que la materia ha quedado en disposición, y que él ha alcanzado la victoria. Verdaderamente se siente ofendido cuando descubre el actual estado de cosas, y se inclina a creer que ha sido engañado por los demás, cuando es él, realmente, el que se ha engañado a sí mimo... El verdadero poder desdeña la protección de las formalidades. Le basta con la conciencia de su fuerza. El poseedor del poder de Voluntad no teme permitir que otro se le aproxime, confiando en su capacidad de retener lo suyo. La debilidad construye en torno suyo su baluarte de formalidad.

Las raíces de esta Voluntad en la Personalidad es necesario que sean embebidas profundamente en las regiones subconscientes de nuestra mente, pues en la mayoría de los casos se manifiesta inconscientemente. Somos más grandes de lo que pensamos, y en el profundo recinto de nuestro ser se albergan latentes poderes, cuya existencia no soñamos siquiera. Los hombres, bajo cierta presión, han desarrollado esta fuerza de Voluntad en la Personalidad. Está abierta para todos y cada uno de nosotros, con sólo que solicitemos su aparición en la conscientividad y la actividad. Es digna del esfuerzo y la prueba, así como del paciente desarrollo.